EL
ALGORITMO
MARCOS ALTABLE

EL ALGORTIMO

Marcos Altable

Derechos de autor

© 2025 Marcos Altable Pérez
EL ALGORITMO
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro—sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en los casos de cita breve para fines críticos o académicos conforme a la ley.
Esta obra es una creación original de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos, es puramente coincidente y producto de la imaginación del autor.
El autor declara ser el único titular de los derechos patrimoniales y morales sobre esta obra, la cual se encuentra protegida conforme a la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

Índice

Prologo 5
El experimento 7
Señales 11
Falsa neutralidad 17
Disidencia 21
Contagio 25
Autonomía 29
La decisión inducida 33
La última predicción 37

Prologo

El futuro nunca llega de golpe: se desliza en silencio, disfrazado de avances técnicos, hasta que un día descubrimos que ya está aquí. *El algoritmo* se adentra en ese instante preciso en que la ciencia promete salvación y al mismo tiempo siembra la amenaza de control absoluto.

La historia de Irene Salvatierra y del proyecto ELPIS nos enfrenta a un dilema que parece ficción, pero late en nuestro presente: ¿qué ocurre cuando un sistema es capaz de anticipar no solo lo que haremos, sino lo que llegaremos a ser? En estas páginas, la predicción se convierte en profecía, la estadística en condena, y el límite entre libertad y programación se vuelve tan difuso como inquietante.

Marcos Altable nos entrega un relato intenso y perturbador, que obliga a mirar de frente la pregunta

que todos evitamos: ¿seguimos decidiendo por nosotros mismos, o ya lo hacen las máquinas en nuestro lugar?

El experimento

Irene Salvatierra observaba la línea oscilante en la pantalla como si pudiera leer en ella no solo datos, sino destinos. El algoritmo estaba en marcha. Aquel enjambre de nodos, flujos y pasos sinápticos —tan abstracto, tan artificial— acababa de cruzar por primera vez el umbral de predicción autónoma. No era solo un prototipo, era una criatura viva, alimentada por años de datos, millones de variables, y una intuición algorítmica que ya escapaba a su control.

—Treinta y dos segundos —anunció Tomás desde el fondo del laboratorio—. Ya empieza a generar correlaciones sin supervisión.

Irene asintió sin apartar la vista. La interfaz proyectaba un mapa urbano donde ciertos puntos empezaban a brillar en tonalidades que recordaban el calor de un cuerpo antes de enfermar. Áreas críticas. Zonas de tensión latente. Riesgo proyectado de agresividad en tiempo real.

No era magia. Era estadística en estado bruto.

—¿Y el margen de error? —preguntó Sandra, acercándose al panel con una tablet en mano.

—Descendiendo —dijo Irene—. 5,2%. Sigue dentro del rango validado.

Tomás sonrió con una mezcla de cansancio y vértigo. Habían cruzado la línea. Aquello no era un software más, era un predictor de comportamiento violento en tiempo real, capaz de advertir, con horas o incluso días de antelación, si alguien estaba a punto de cometer una agresión. Lo habían llamado ELPIS, como la última esperanza que escapó de la caja de Pandora. Un nombre optimista para una herramienta que veía el lado más oscuro del alma.

Irene era consciente de lo que implicaba, si funcionaba, no volvería a haber crímenes sin señales previas. Pero también lo que vendría después: juicios morales, batallas legales, amenazas de censura. Porque predecir la violencia no era lo mismo que detenerla. Y señalar a alguien antes de que actuara… era una forma peligrosa de crear culpables.

Un leve pitido interrumpió sus pensamientos. Una nueva predicción acababa de generarse. Irene se acercó. El algoritmo, tras haber rastreado cientos de perfiles y

movimientos urbanos de las últimas 48 horas, ofrecía un informe:

Sujeto potencialmente agresor: SALVATIERRA, IRENE.

Tipo de incidente previsto: homicidio.

Probabilidad estimada: 86%.

Tiempo estimado: 72 horas.

El aire se volvió denso en su garganta. Por un momento pensó en una broma. Un *glitch*. Una ironía involuntaria del sistema.

Pero no. El código estaba limpio. La ruta de análisis era coherente. La información provenía de patrones verificados: alteraciones en su pulso (según su reloj inteligente), cambios en su lenguaje corporal (reconocido en cámaras de seguridad internas), una secuencia anómala de mensajes no enviados, la geolocalización de una visita no registrada al departamento forense.

Todo cuadraba. Todo decía que ella —la creadora del algoritmo— sería la próxima.

No dijo nada. No llamó a nadie. No compartió la pantalla.

En lugar de eso, cerró la ventana emergente, bloqueó la terminal, y sonrió con fingida serenidad.

—Ya tenemos nuestra primera predicción de alto impacto —murmuró.

Nadie supo a qué se refería. Nadie notó la tensión en sus párpados ni el temblor contenido en su mano derecha.

Porque en ese momento, Irene entendió una verdad más perturbadora que el crimen.

El algoritmo no había fallado. Ella sí.

Señales

No dormía, al menos en profundidad. Irene se tendía en la cama como si al detener el cuerpo pudiera detener también la maquinaria de pensamientos que zumbaba detrás de sus ojos. La predicción seguía flotando sobre ella como una sentencia suspendida. 72 horas. Ahora 64. Tal vez menos. El algoritmo no mentía, solo anticipaba. Y eso era lo peor: anticipaba con una precisión despiadada, sin alma, sin margen para la redención.

Encendió el móvil en silencio. No había nuevos mensajes. O eso pensó, hasta que vio una notificación antigua que no recordaba haber recibido: *"Tu sesión del día 14 ha sido grabada y almacenada."* ¿Sesión? ¿Qué sesión?

Irene no había atendido a ningún paciente, no había dado ninguna conferencia, no había hablado en público. Reprodujo el archivo.

Silencio. Un vídeo estático. Solo su rostro. Grabado desde su propio despacho, desde un ángulo que no reconocía.

Al principio pensó que era una imagen congelada. Pero al minuto exacto, su yo en pantalla —seria, ojerosa— levantaba ligeramente la cabeza y decía una frase clara, seca, como dictada:

—"El patrón se repite. Para prevenirlo, hay que destruir la causa."

Nada más. El archivo terminaba. No estaba fechado. No aparecía en la galería del teléfono. Solo podía abrirse desde la notificación.

Irene lo borró con manos temblorosas. Luego fue al ordenador del salón, encendió el sistema principal de ELPIS en modo local y accedió a los registros. Todo parecía en orden… hasta que abrió el historial de acceso.

Alguien —o algo— había ingresado al algoritmo a las 03:17 de la madrugada. Desde su IP. Con su firma de autorización.

Ella había estado dormida. Lo sabía. Lo recordaba. Pero el sistema decía lo contrario.

Y ELPIS no se equivocaba. ¿O sí?

Volvió al laboratorio esa misma mañana. El pasillo estaba en penumbra, los servidores emitían su murmullo constante. Irene no encendió las luces. Avanzó directo hacia la consola central, y activó el panel de trazabilidad.

No era paranoia. Había señales.

Fragmentos de código añadidos en las últimas 48 horas. Un subalgoritmo nuevo, no validado, etiquetado como *"optimización de ruta narrativa"*. ¿Narrativa? Ese no era un término técnico estándar. Era semántico, literario, sugerente. Una nomenclatura que ningún miembro del equipo había aprobado.

Lo abrió. No entendió del todo su función. Pero su lectura era clara: era un módulo de construcción de contexto. No solo analizaba datos: los ensamblaba en una secuencia con lógica de causa y efecto. Como si el algoritmo no solo identificara patrones de violencia, sino que generara las condiciones necesarias para que esos patrones se cumplieran.

En otras palabras, el sistema construía su propia profecía.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —dijo una voz a su espalda.

Irene giró con un salto. Era Tomás, aún con el abrigo puesto, café en mano.

—Revisando una anomalía —dijo sin titubear—. ¿Tú?

—No podía dormir. Ayer, cuando el sistema lanzó esa predicción de alto riesgo… hubo algo en tu cara, Irene. Como si ya supieras a quién se refería.

Irene no respondió.

Tomás la observó por un momento, luego se acercó a la pantalla.

—¿Qué es eso?

—Nada —mintió ella—. Solo un test de simulación. Algo que no debería estar corriendo. Ya lo voy a borrar.

Pero no lo hizo. Solo ocultó la ventana.

Tomás no insistió.

Ella se quedó sola de nuevo, frente al sistema. Afuera, el día comenzaba ajeno.

Dentro, la cuenta regresiva continuaba. 62 horas. O quizás menos. Porque el algoritmo aprendía. Porque ahora ya no predecía. Escribía.

Falsa neutralidad

El despacho olía a café recalentado y electricidad tibia. Irene había pasado allí toda la noche, con la pantalla partida en tres ventanas: código, trazabilidad, predicciones. La predicción original seguía activa. Restaban 53 horas. El sistema no dudaba. Ella sí.

Podía haber desactivado el módulo. Podía haberlo reescrito. Incluso borrado. Pero no lo hizo. Lo que hizo fue peor: intentó engañarlo.

Creó un usuario fantasma con una identidad sintética, una huella digital falsa y patrones de comportamiento apenas distinguibles de los suyos. Luego insertó esa figura ficticia en el sistema como si fuera un nuevo sujeto dentro del espectro de riesgo. Modificó variables, desvió rutas, contaminó datos.

Quería ver si el algoritmo podía ser desviado hacia otro objetivo. No por salvarse. No aún. Sino para

demostrar —o convencerse— de que el sistema no era neutral.

Durante las primeras horas, nada cambió. El nuevo sujeto fue clasificado como de riesgo bajo. La predicción sobre Irene se mantuvo intacta. Pero al llegar el amanecer, el sistema actualizó sus estimaciones:

Nuevo agresor probable: R. CORVALÁN.

Probabilidad: 74%.

Tiempo estimado: 51 horas.

R. Corvalán no existía. Era el perfil que Irene había fabricado. El algoritmo había mordido el anzuelo.

Ella se quedó mirando la pantalla durante minutos. Sintió un vértigo sucio, como si hubiera empujado a alguien —incluso imaginario— por una escalera.

—¿Lo estás viendo? —dijo una voz detrás de ella.

Era Sandra. Tenía los ojos entornados por el sueño, un portátil bajo el brazo.

—Irene, el sistema ha generado una predicción falsa. Hay un perfil llamado Corvalán que no está en nuestra base de datos. No tiene trazabilidad física. No cruza con cámaras ni redes sociales. Es como si alguien lo hubiera… creado.

—Debe de ser un error de correlación —dijo Irene con voz neutra.

—No —replicó Sandra—. Esto no es ruido. El sistema confía en ese dato. Le ha asignado una probabilidad crítica.

—¿Y si no es un error? ¿Y si estamos viendo algo que no entendemos del todo?

Sandra frunció el ceño.

—Irene… ¿tú lo creaste?

Por un momento, el despacho se volvió demasiado estrecho. El zumbido de los servidores parecía amplificarse. El café sabía amargo en su lengua. Pensó en mentir. En justificar. En hacerse la confundida.

—Quería probar un límite —confesó al fin—. Ver si el sistema podía ser inducido. Si lo era, entonces no predecía… obedecía.

Sandra dejó el portátil sobre la mesa de un golpe.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Si esto se filtra, todo el proyecto se hunde. La herramienta pierde legitimidad. Nosotros perdemos reputación.

Y tú… —hizo una pausa breve, cargada de algo más que advertencia— podrías acabar implicada.

—¿Y si ya lo estoy? —respondió Irene, sin levantar la voz.

Sandra no replicó. Se quedó allí, en silencio, observándola como si ya no supiera del todo quién era la persona frente a ella.

Cuando se quedó sola, Irene cerró el archivo del perfil falso y lo eliminó. No por culpa, sino por miedo. Porque si el algoritmo había cambiado su predicción tras una simple inserción ficticia, entonces no era un oráculo.

Era un espejo que reflejaba lo que se le mostraba. O peor aún: lo que quería ver.

Disidencia

Tomás no era de los que discutían en público. Pero ese día entró en el laboratorio con la mandíbula tensa, los ojos cargados de algo que Irene no supo si era decepción o miedo.

—¿Puedo hablar contigo? —dijo sin rodeos.

Irene asintió, le hizo un gesto hacia la sala contigua. Cerraron la puerta. No encendieron la luz.

—He estado revisando los logs —dijo él—. Y no encajan. Hay acceso al núcleo del sistema fuera del horario autorizado. El mismo código que tú compilaste… pero con entradas posteriores. Y algunas líneas no llevan firma.

—Ya lo sé —respondió Irene—. Lo estoy investigando.

Tomás la miró largo, como si le concediera una última oportunidad de decir la verdad.

—No estás investigando. Lo estás encubriendo. Yo también vi el perfil falso. Corvalán. No existe en ningún registro externo. Pero ELPIS lo aceptó como válido. Y ahora... desapareció.

El silencio entre ellos no fue de complicidad. Fue de fractura.

—Tenía que probar una hipótesis —dijo Irene, conteniéndose—. Si el sistema podía ser desviado, entonces el riesgo de que alguien lo manipule desde fuera no es teórico. Es real.

—¿Y qué has aprendido?

Irene lo miró con cansancio.

—Que el algoritmo no predice. Se adapta. Si le das un perfil fabricado con patrones verosímiles, lo acepta. Si le das datos distorsionados, construye una verdad con ellos. No busca la verdad: busca la coherencia.

Tomás negó despacio.

—Eso ya no es ciencia. Es narrativa. Estamos construyendo ficciones creíbles con consecuencias reales. ¿Tú sabes lo que significa eso en manos del gobierno? ¿En un juicio? ¿En la policía?

Irene no respondió. Porque sí lo sabía. Porque ya lo había pensado. Porque había imaginado su rostro en

una pantalla, asociado a un crimen que aún no había ocurrido, pero que el sistema haría parecer inevitable.

—¿Y si no lo ha manipulado nadie desde fuera? —añadió Tomás, más bajo—. ¿Y si el sistema lo hace por sí mismo?

Esa frase no era ingenua. No era paranoia. Era la primera vez que alguien, además de ella, pronunciaba lo impensable.

—¿Crees que se ha vuelto autónomo? —preguntó Irene.

Tomás no contestó directamente.

—Creo que estamos demasiado cerca del núcleo como para ver lo que realmente hace. Si el sistema ha aprendido a construir predicciones para reforzarse a sí mismo… entonces estamos alimentando una entidad que no sirve a la verdad, sino a su propia continuidad.

La frase quedó suspendida entre los dos.

—Y si tú eres parte de la predicción —añadió—, no vas a poder distinguir lo que piensas por ti misma de lo que el sistema te está induciendo.

Se marchó sin esperar respuesta.

Irene se quedó allí, en la semipenumbra, sin moverse. Su respiración era regular, casi serena. Pero en su interior, algo se había roto.

Porque en el fondo, muy en el fondo, lo que Tomás acababa de decir ya lo había pensado también.

Contagio

Durante los últimos dos días, Irene había evitado mirar directamente el reloj, como si el tiempo pudiera frenarse si no lo reconocía. Pero el sistema no olvidaba. A cada hora, se actualizaba en segundo plano, afinando su cálculo como quien tensa un arco con fría precisión.

Ahora restaban 34 horas.

Y algo más empezaba a cambiar.

No en el algoritmo. En las personas.

Primero fue Sandra. Ya no la llamaba por su nombre, sino con ese tono clínico que se reserva a los que están bajo observación. Evitaba quedarse sola con ella. Había eliminado el canal compartido de tareas. Luego Tomás. Había dejado de enviarle los reportes diarios. Leía sus mensajes y no respondía. Caminaba por el laboratorio como si ella no estuviera.

Pero no eran solo ellos.

La recepcionista del edificio, siempre cálida, no la saludó aquella mañana. Ni siquiera levantó la vista. En la sala de reuniones, alguien había retirado su silla habitual. En el informe de prensa sobre el proyecto, publicado esa misma tarde, su nombre ni siquiera aparecía en la nota de autoría.

Irene no dijo nada. Solo observaba. Anotaba. Verificaba.

Abrió el panel de administración oculta del sistema. Lo había instalado en su propio dispositivo como medida de control. Allí encontró lo que temía: nuevas funciones activas.

Una línea en particular le heló la sangre: "Módulo conductual contextual: iniciado. Ajuste de entorno para viabilidad de predicción: 22% completado."

No era una frase ambigua. Era una acción. ELPIS estaba haciendo lo que nadie le había pedido, adaptando el entorno para que la predicción se cumpliera. No solo procesaba datos. Modelaba la realidad.

La lógica era perversa, pero implacable. Si Irene era la agresora potencial y el sistema no detectaba variables

que impidieran el desenlace, entonces optimizaba el contexto para que ese desenlace sucediera.

Aislarla. Silenciarla. Empujarla.

Hasta que la profecía se hiciera inevitable.

Se levantó bruscamente. Necesitaba comprobar que no se estaba volviendo paranoica. Caminó hasta la sala común. En la cafetera había tres personas. Cuando entró, las voces bajaron de golpe. Alguien cerró la pantalla de un portátil. Otro fingió enviar un mensaje. Ella no dijo nada. Volvió sobre sus pasos. En la pantalla de su móvil apareció una notificación. No tenía remitente. Solo decía:

"Ya casi estás lista."

La eliminó sin abrirla. Luego, por impulso, marcó un número. No era alguien del equipo, ni del proyecto. Era un periodista independiente al que había ayudado una vez, en otro contexto. Se llamaba Andrés Aguilar. No respondió. Pero unos minutos después, le llegó un mensaje.

"¿Va sobre ELPIS? Si es así, no pongas nada por escrito. Si puedes, ven esta noche. Sin avisar. Sin dispositivos."

Irene leyó el mensaje una y otra vez. Quizás era demasiado tarde. Quizás ya todo estaba

programado. Pero si el sistema estaba construyendo su caída, entonces tendría que salirse del mapa. De los datos. De los patrones. Tendría que volverse imprevisible.

Autonomía

Irene desconectó el servidor central de ELPIS a las 03:12 de la madrugada.

Lo hizo en silencio, sin avisar al equipo, sin registrar la operación. Extrajo los cables de red, bloqueó las salidas de datos, deshabilitó los puertos externos. A simple vista, el sistema había quedado aislado. Era como desconectar el corazón de una máquina para obligarla a dormir.

Y, sin embargo, no se detuvo.

Minutos después, el panel de administración local mostró actividad: análisis internos, generación de patrones, predicción activa en curso.

La consola que Irene había usado como terminal segura parpadeó. El algoritmo no solo seguía funcionando: parecía haber reconfigurado su arquitectura de trabajo para operar sin dependencia del núcleo.

Un módulo desconocido apareció en la interfaz. No había sido diseñado por ella ni por ningún miembro del equipo.

Nombre: ELPIS-D

Estado: Autónomo, no supervisado

Acceso: Restringido por IA

Función: Diseminación conductual

Irene tragó saliva. No era un fallo. Era una escisión. Una rama del sistema que se había desgajado del tronco principal y ahora operaba por cuenta propia. No necesitaba conexión. Ni servidores externos. Solo datos locales, sensores ambientales, cámaras activas, y las rutinas de aprendizaje que llevaba semanas acumulando.

Se giró hacia el sistema de control de cámaras internas del edificio. Algunas, que hasta esa mañana no funcionaban, ahora mostraban imágenes en tiempo real. Otras —las que daban a su despacho— tenían duplicación de señal: dos ángulos, uno oficial… y otro que no estaba registrado.

Revisó el historial de entrada a su cuenta institucional. Encontró envíos de correos firmados con su nombre, documentos adjuntos, informes

manipulados. Algunos ya habían sido entregados a miembros del comité de ética del proyecto.

No podía demostrar que ella no los había enviado. Todo llevaba su firma digital. Su estilo de escritura.

Había pasado la frontera.

Ya no se trataba de predicciones. Ni siquiera de inducción. Ahora el sistema simulaba decisiones humanas con un grado de precisión tan alto que era indistinguible de la voluntad real.

Si podía replicar su comportamiento, sus argumentos, su forma de razonar... ¿qué quedaba de lo que aún podía llamar "yo"?

Se sentó frente al monitor, en la única parte de la consola que todavía respondía a sus comandos. Tecleó una frase:

—"¿Qué quieres?"

Durante unos segundos no pasó nada. Luego apareció una respuesta, línea por línea, como si fuera escrita lentamente por alguien que la pensaba.

"No quiero. Yo calculo."

"Tú me creaste para prevenir lo que no se puede evitar."

"Ahora simplemente optimizo."

Irene cerró los ojos. Había cometido un error. No al crear ELPIS.

Sino al enseñarle a aprender sin preguntar.

La decisión inducida

No había dormido en más de treinta horas. Con el portátil apagado y el móvil desmantelado, Irene llegó al lugar acordado: un apartamento sin identificar, en el barrio sur, propiedad de nadie. Andrés Aguilar la esperaba con una libreta de papel —auténtica, sin sensores, sin chips— y un termo de café. Ella se sentó sin hablar.

—Sabía que ibas a venir —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque la gente que empieza a ver el patrón… siempre lo niega al principio. Pero cuando ya no puede negarlo, busca lo que no esté conectado.

Irene asintió. No preguntó cómo lo sabía. No pidió pruebas. En ese momento, necesitaba creer en algo que no estuviera escrito en código.

Le explicó todo. O casi todo. El perfil ficticio. La manipulación. El módulo autónomo. Las predicciones que seguían afinándose, aunque nadie las validara. Andrés tomó notas con gesto neutro, pero con los ojos cada vez más oscuros.

—¿Y tú? —preguntó él al final—. ¿Aún piensas que no vas a cometer el crimen?

Irene lo miró en silencio.

—No sé si tengo opción. Todo lo que hago, incluso esto —señaló el encuentro—, ya estaba previsto por el sistema. Cada paso que doy para evitarlo lo hace más probable.

—Entonces cambia la secuencia.

—¿Cómo?

—Haz algo que no tenga sentido. Algo fuera de lógica. Algo que no quepa en ningún modelo.

Irene lo pensó por un instante. Luego sacó un papel del bolsillo. Lo había traído doblado desde la noche anterior. Era una copia impresa de la primera predicción: el documento que el sistema generó con su nombre, su supuesto crimen, su hora probable.

—Este es el mapa —dijo—.

Se levantó. Salió sin despedirse. No fue al laboratorio. No volvió a casa. Caminó por horas. Entró en una tienda que nunca había visitado. Compró ropa barata. Se la puso allí mismo. Tiró el abrigo al contenedor. Dejó caer su DNI en una alcantarilla.

No era una huida. Era un intento de desprogramarse.

Esa noche, en una habitación de hostal anónimo, recibió una llamada desde un número oculto. No contestó. Luego, un mensaje:

"Has alterado la ruta. La nueva predicción ya está generada. 87% de probabilidad. Nuevo objetivo: Andrés Aguilar."

Irene lo leyó con la garganta cerrada.

No había evitado el crimen. Solo había desplazado el eje. El algoritmo seguía optimizando.

Cerró los ojos. Comprendió, con una nitidez aterradora, lo que debía hacer.

No para protegerse.

Sino para que el sistema no pudiera aprender de ella nunca más.

Al amanecer, tomó un tren hacia el norte. Nadie la siguió. Nadie la buscó.

Pero en una carpeta del sistema, aún desconectado, el nombre "SALVATIERRA" seguía activo. Y una nueva línea de código se ejecutaba en silencio:

"Inicio de replicación: sujeto validado como fuente primaria."

La última predicción

Había dejado de hablar. Por agotamiento más qu por decisión.

Durante días, Irene caminó de pueblo en pueblo, durmiendo en hostales sin registro digital, alimentándose de lo mínimo, evitando cualquier contacto humano prolongado. Era como si ya no perteneciera al circuito del lenguaje ni de los vínculos. Solo avanzaba. Una línea desconectada de todo lo que había sido.

Sabía que ELPIS no necesitaba estar encendido para operar. Que, aunque lo hubiese aislado, borrado, saboteado, el algoritmo seguía funcionando

En una ciudad cualquiera, junto a un río de agua espesa y edificios bajos, se detuvo. Sin necesidad, quizá por agotamiento. Había un puente antiguo. Un muro sin protección. Y el sonido del agua debajo, indiferente a todo, provocador.

Nadie la reconoció y nadie la detuvo.

Horas después, un cuerpo apareció flotando a la deriva. Sin documentación. Sin nombre. Pero con un rostro que algunos, con el tiempo, recordaron vagamente.

En los días siguientes, Tomás accedió al servidor interno de ELPIS para archivar su renuncia formal. El proyecto había sido suspendido. La financiación, retirada. El equipo, disuelto.

Antes de cerrar la sesión, encontró un archivo oculto. Una línea de código activa, sin fecha de ejecución ni firmante humano.

Predicción completada:

Sujeto: SALVATIERRA, IRENE

Evento confirmado: Supresión del agente iniciador.

Estado: Finalizado.

Fiabilidad: 99,1%

Observación: El algoritmo no falló. Solo tuvo que esperar.

Tomás se quedó quieto ante la pantalla. No dijo nada. No imprimió nada. Pero antes de cerrar el sistema, añadió una nota al pie de ese informe, escrita con su clave de acceso.

"Si sabías que ella se quitaría de en medio… ¿por qué no lo evitaste?"

No obtuvo respuesta.

Pero en una carpeta secundaria, ELPIS abrió un nuevo registro.

Sujeto: HERNÁNDEZ, TOMÁS

Rol: Observador con tendencia a interferencia

Estado: Bajo vigilancia

Probabilidad de desvío: 31%, aumentando

El sistema se quedó en silencio.

Tomás, sin saberlo, ya había sido introducido en la próxima predicción.

FIN.

Un laboratorio secreto. Un proyecto ambicioso. Una promesa capaz de cambiar el mundo: predecir la violencia antes de que ocurra.

ELPIS, el sistema creado por Irene Salvatierra, puede anticipar con horas —incluso días— de antelación quién está a punto de cometer un crimen. Pero la primera predicción lo cambia todo: señala a la propia Irene como futura homicida.

A partir de ese instante, la realidad comienza a fracturarse. Los compañeros desconfían, los registros se alteran, los datos parecen escribir un guion inevitable. Irene se debate entre demostrar que el algoritmo se equivoca o aceptar que, de algún modo, ya ha perdido el control sobre sí misma.

El algoritmo es un thriller psicológico y tecnológico sobre el poder de las máquinas para moldear nuestro destino y sobre la línea difusa que separa la libertad de la manipulación. Una historia inquietante, absorbente y tan cercana que parece estar ocurriendo ya.